El futuro esperando

Esteve Pagès Abril

Capítulo 1

EL FUTURO ESPERANDO

ESTEVE PAGÈS

Solo la imaginación es capaz de eludir la química.

Solo el presente es capaz de eludir el absurdo.

EL TEATRO (I)

El teatro está en penumbra. La luz tenue de un foco impacta débilmente sobre una cortina de tela azul situada en el fondo derecho del escenario; tras ella, supuestamente, aparecerá el actor. La escena representa un dormitorio que apenas se deja intuir. Justo en medio, una cama amplia con un cabezal de barrotes divide la habitación en dos partes. A la izquierda hay una mesita de noche donde reposan una lámpara y un libro y algo más allá un tosco y enorme armario. En la oscuridad más consistente que domina el lateral izquierdo se vislumbra un lavabo con varios botes y enseres de higiene sobre un pequeño estante de cristal y un espejo rectangular colgado en posición vertical. En la parte derecha, más visible gracias a la frágil claridad procedente de ese único haz de luz, destaca la presencia de un tocador antiguo presidido por un gran espejo acoplado y un taburete rectangular acolchado. Numerosos estuches de maquillaje, productos cosméticos y joyeros se amontonan encima de su repisa. Una silla aislada situada entre la cama y el proscenio resalta como único matiz de desorden dentro del aparente equilibrio que muestra el dormitorio. No hay ventanas ni cuadros colgados en las paredes, lo cual imprime al lugar un aire sobrio y opresivo, incluso lúgubre, que provoca en el espectador un sentimiento que, trascendiendo la mera tristeza, llega a suscitar en él, sin duda de forma intencionada, una acusada sensación de reclusión y asfixia.

Sorprende el inquietante silencio. A pesar de que el teatro está lleno, no se oye nada. Nadie habla, nadie tose, nadie teclea el móvil, nadie come, nadie camina; ni siquiera se escucha el más común de los sonidos que acompaña a un espectador en el preludio de una función: el susurro de las conversaciones ajenas. Seguramente, este clamoroso silencio se deba a que la platea también está a oscuras desde hace rato, hecho que acostumbra a indicar que la obra está a punto de empezar. Pero el actor retrasa su aparición, provocando una muy posible premeditada atención del público en aquello que está a punto de suceder ante él.

Martí y Desi están sentados en la cuarta fila, a solo dos asientos del pasillo lateral. Martí recrea la mirada deteniéndola sobre todos aquellos objetos del escenario que la escasa claridad deja ver, cautivado ya desde ese

instante por la capacidad de convertir un escenario en aquello que se desee. Siempre que va al teatro procura realizar esa especie de ritual, dejándose impregnar de antemano por todo cuanto la escenografía le comunica. Inmerso en este estado contemplativo, procedentes del silencio y la oscuridad, sin previo aviso llegan a su oído las palabras irreprimibles de Desi, que desde que han tomado asiento ha dejado una de sus manos encogida bajo la de Martí: «¡Mañana nos vamos mí amor!», frágiles y en voz muy baja, pero lo bastante impetuosas como para captar en ellas la emoción con que las ha pronunciado. Saliendo de su letargo, Martí se gira hacia Desi y, antes de poder ver su rostro, ya está pronunciando con una sonrisa en los labios y estrechándole fuerte la mano un prolongado «sí» cargado de entusiasmo. Apenas intuye, tras la oscuridad que desdibuja el rostro de su compañera, su impresionante sonrisa. Esa sonrisa que a él tanto le apasiona.

El actor aparece de repente tras la cortina donde recae el exiguo haz de luz y avanza con paso firme hasta el límite del escenario. Una claridad lánguida hace visible la platea en aquel preciso momento provocando una silenciosa sorpresa entre el público. Expresión seria y figura relajada; la mirada fija sobre los asistentes. Cabeza rapada y barba de cinco días. Viste camisa de manga corta color beige, bermudas color caqui con enormes bolsillos y unas chanclas. Un silencio vivo magnifica su presencia. Silencio que en poco tiempo acaba por hacerse incómodo debido a la exhaustiva revisión a la que está sometiendo al público. Está mirando una por una todas las caras de los asistentes. Cuando la mirada del actor recae sobre la de Martí, este siente una leve sacudida en el corazón. Al finalizar el reconocimiento, la platea vuelve a quedar a oscuras y la luz de un foco, ahora potente y clara, sigue al actor, que empieza a caminar por el escenario con pasos lentos y aire pensativo. Cuando encuentra las palabras, empieza su monólogo.

«Ustedes creen que han venido aquí a ver un espectáculo». La voz es potente, el ritmo de las frases lento y el tono mezcla desafío e ironía. «Piensan que pasarán un rato distraído; que lo que escucharán ahora aquí quizás llegue a ser un excelente pretexto para que más tarde, cenando, puedan mantener un diálogo presuntamente inteligente con su pareja o entre amigos. Creen que han venido a ver teatro. Pero no es así». Calla un instante y lanza su mirada sobre el público a oscuras. «Sin querer, resulta que todos ustedes son los escogidos para aprender la única verdadera lección que esta vida es capaz de ofrecernos. Naturalmente, después ustedes serán libres de hacer lo que quieran con lo que aprenderán esta noche. Pueden guardarlo en su interior el resto de su vida, o lanzarlo bien lejos para no toparse nunca más con ello, o convertirlo en pilar de su futuro pensamiento». Sus labios sugieren una sonrisa, tan poco definida que se confunde con el gesto posterior. «Que pretencioso, ¿verdad? No, no, debo confesarles que a mí siempre me ha costado relacionarme con la vida, pero miren por dónde, a base de fijarme en los detalles, he llegado a descubrir su esencia, y esto me hace sentir

seguro de aquello que les voy a revelar, por lo cual, hoy, quizás les pareceré lo bastante lúcido cómo para que sientan una cierta admiración por mí.»

El actor se dirige hacia el lavabo, coge uno de los botes del estante, lo sacude enérgicamente durante unos segundos y llena una de sus manos de espuma. Después, con meticulosidad, se la esparce por la cara. Cuando acaba coge una navaja de afeitar de esas que ya solo se ven en las películas, con una cuchilla que se pliega hacia dentro y queda enfundada en el mango, y empieza a afeitarse con lentitud y destreza mientras continúa con su monólogo.

«Si para ustedes la vida no es un enigma ya pueden marcharse, porque de lo contrario lo que quiero explicarles les aburrirá soberanamente. Es bestial como las personas nos conformamos con todo, pero lo más terrible es como nos conformamos con nosotros mismos. Nunca llegamos a saber quién somos, y nos conformamos con eso. Mucha gente ni siquiera se lo plantea: ¿Quién soy? ¿Quién cojones soy? Aceptan el estar aquí sin mediar pregunta alguna, apechugan sin rechistar con el pesado esfuerzo de existir, con la repugnante náusea que provoca el absurdo. Siendo adolescente, esta circunstancia me producía un importante problema con el concepto *igual*. Me sentía tan distinto a los demás. Como si yo poseyera una capacidad de ver objetivamente las cosas que me aislaba del resto, incluso de los amigos, con quienes pasaba suficiente tiempo como para creer que los conocía bien. Más tarde descubrí que aquello no era ninguna virtud mía, sino que mucha otra gente sentía lo mismo, lo que sucedía era que, sencillamente, no lo expresaba; se lo escondía. Qué poco ha evolucionado la humanidad en el campo de las emociones, ¿no creen? Existe tanta angustia en el mundo por no saber explicar aquello que sentimos.»

El actor armoniza el habla sosegada con la calmosa labor de deslizar la cuchilla sobre su piel: ahora por el cuello, ahora por las mejillas, lanzando, muy de vez en cuando, alguna breve mirada sobre el público.

«Las personas somos como islas dispersas en un gran océano de aguas turbulentas. Pero bueno, esto ustedes ya lo saben, no les estoy descubriendo nada nuevo con eso. Hay centenares de piezas teatrales que tratan este tema: la incomunicación, la creciente incapacidad que tenemos las personas para relacionarnos las unas con otras o de establecer una convivencia coherente. No, no reflexionaremos aquí sobre la hipocresía o la soledad, todo será más fácil, esto no es teatro, esto es...»

El actor se queda encallado, no encuentra la palabra, la frase, la manera de continuar. Se queda mirando la hoja de afeitar llena de espuma mientras piensa. En este momento, Martí tiene por primera vez la impresión de que lo que está narrando el actor no es un texto aprendido, sino que sencillamente está desarrollando un guion. Dicho de otro modo,

tiene la sensación de que lo que esa persona está representando encima del escenario no es una obra, no es un monólogo ideado, elaborado, corregido y ensayado, sino una simple improvisación de algo que quiere expicar. Este hecho le inquieta, y se pregunta si no será cierta la frase que ha dicho al iniciar el espectáculo y ahora acaba de repetir.

El actor se muestra contrariado por no saber cómo culminar la frase que ha dejado a medias. Se vuelve hacia el espejo y se mira en él. Solo le queda un poco de espuma en la barbilla. De repente se siente abatido y descubre la tristeza en sus ojos; una tristeza que lo inmoviliza. Con la mano temblorosa, levanta la navaja hasta la barbilla y acaba de afeitarse la parte donde todavía le queda espuma. Abre el grifo y enjuaga la cuchilla. Después se humedece la cara con las manos. El agua fría lo estimula. Se queda un rato con las manos ancladas a ambos lados del lavabo, con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante, la cabeza gacha y los ojos cerrados. Y piensa. Piensa que hoy es el día más importante de su vida, ha conseguido estrenar esta obra, ha luchado como jamás lo había hecho para hacer realidad este momento, para lograr su propósito.

Desi hace rato que ha quedado atónita ante la excelente interpretación de ese actor desconocido.

«Me llamo Albert». Prosigue finalmente alejándose de la pila y volviendo a pasear por el escenario con paso lento y ademán reflexivo. «Tuve una niñez aburrida. No sufrí, todo lo contrario, toda mi infancia discurrió por una impasible normalidad. Me acostumbré al hecho de que en mi vida no pasara nada, y esto me hizo temerariamente vulnerable. Desde pequeño, el único recurso que he tenido para hacer de la vida algo soportable ha sido la imaginación. Si hubiera escrito todas las historias que he inventado a lo largo de mi vida llenaría este escenario de papel. Todo aquello que escribimos acaba por no pasar nunca en la realidad; todo aquello que imaginamos, acaba por no pasar nunca en tu vida. Después vino la adolescencia, y claro, esto ya fue otra cosa. Yo era de los que necesitaba encontrar un sentido a la vida, no me valía la idea de que habíamos llegado aquí por azar. La, en mí, innata idea de *destino* invadía todo mi flujo reflexivo creando remolinos donde mis pensamientos quedaban retenidos y sin poder avanzar. Inevitablemente tenía que ir a parar a la filosofía, que no ofrece respuestas, pero cuando menos hace preguntas». Albert se quita la camiseta y la deja sobre la silla. «En la facultad tuve un profesor que repetía una anécdota que a mí me gustaba mucho; decía: recuerden que el biólogo se hace biólogo porque inicialmente no entiende las leyes de la naturaleza, el médico se hace médico porque inicialmente no entiende ni la enfermedad ni la muerte, y el filósofo se hace filósofo porque inicialmente no entiende nada. En fin, es una de aquellas banalidades que no sabes por qué, la memoria retiene un día y ya no la suelta nunca más». En este punto Albert se quita las bermudas y se queda en calzoncillos, un *slip* color azul marino. «En mi adolescencia, como les decía, continué inventando, pero entonces aquello que inventaba tomó

una dimensión de creatividad. El chico escribe, tiene mucha inventiva, desborda creatividad, declaraban sus padres. ¡Los padres, Dios mío! Su hijo con un letrero luminoso colgado en la frente que decía *Tengo Problemas*: el chico apenas sale de casa, no frecuenta amigos, se relaciona con muy poca gente, pero claro…, es muy creativo, se pasa el día escribiendo, es lo que le gusta hacer». Deja de parodiar las frases con las que sus padres se referían a él y hace una pausa. «Pero no se equivoquen, ellos no tuvieron ninguna influencia negativa en la evolución que sufrió mi persona. Además, me dejaron solo muy pronto, yo tenía diecisiete años. Un hombre que circulaba en dirección contraria se durmió. Aquel hombre pasó de soñar a no existir en un instante. ¿No les parece increíble? En cambio, a mis padres les quedó aquella terrible cara de espanto, realmente como si vieran la muerte ante sí. Naturalmente, esto último me lo imaginé, no quise ver sus cuerpos sin vida. Además, los señores del tanatorio me dijeron con frases impecablemente diplomáticas pronunciadas con una neutralidad exquisita que el accidente había sido terrible y me aconsejaron no tener los ataúdes abiertos durante el velorio. Punto y final. Pero insisto, su muerte nada tiene que ver con lo que nos ocupa esta noche aquí. Quien soy no es el fruto de ningún trauma no resuelto del pasado. Esto les debe quedar muy claro si realmente quieren entender lo que he venido a contarles. Mi angustia por la vida ya existía con anterioridad a ese suceso, es más, Laura ya se había presentado, a pesar de que, debo reconocerlo, yo entonces todavía no la había visto.»

Hace una breve pausa. Su mirada sobre el público parece estar rodeada por un halo de misterio.

«Tengo la sensación de haberme desviado del curso de mi exposición, todo esto debe ir más rápido o se van a cansar. Y hablando de recortar tiempo, debo confesarles que, en un principio, lo que está aconteciendo ante ustedes estaba diseñado de tal modo que yo me depilara aquí, mientras discurría mi tesis. Pero dos factores importantes me disuadieron de hacerlo así. El primero es que me di cuenta de que, teniendo bello por todo mi cuerpo, si me depilaba aquí, *in situ*, la tarea se hubiera dilatado mucho más tiempo del que realmente necesito para exponer mi discurso. El segundo es el dolor; me resulta imposible hablar cuando siento dolor.»

Algunos espectadores ríen. Ni Martí ni Desi entienden esas risas. Están tan metidos en la obra que inmediatamente captan que lo que el actor acaba de decir lo ha dicho en serio. No les parece un recurso para suavizar el momento del monólogo, a pesar de que en cierto modo haya tenido este efecto. Por otra parte, observan que, efectivamente, Albert tiene el cuerpo totalmente depilado: piernas, brazos y pecho, y la piel, de un color moreno bruñido, hace patente un trato esmerado de esta.

Albert se siente contrariado por las risas, pero solo una mirada furtiva a la oscuridad que cubre el público lo delata. De todas maneras, no lo encuentra del todo extraño, lo que acaba de decir bien puede inducir a la

risa, a pesar de que no haya sido su intención. Continúa sin hacer caso a la interrupción.

«Así pues, vayamos directamente al meollo de mí descubrimiento. Punto de partida: la inevitable sensación a la que llega un adolescente que busca respuestas, a saber: el absurdo. Y una vez aquí, puede pasar cualquier cosa, puesto que *absurdo* y *sentido* son contrarios, son opuestos. Ahora me parece mentira, pero yo pensé en el suicidio. ¡Atención!, en el suicidio por principios, no se confundan, no en ese otro suicidio tan insensato al cual te arrastra la desesperación. Para la desesperación hay otros remedios, pero para la náusea existencial provocada por el absurdo, para este estar aquí y ahora sin sentido cuando precisamente el sentido es lo más importante que quieres encontrar... Para esto créanme ustedes que solo hay una salida. O dos, la otra es esperar. Y esperando, llega el día en que, de repente, reconoces a tu alrededor otro presente; los elementos que te rodean se han desgastado, provocando que lo que te hace ser quién eres, se transforme. Es la anestesia, es normalizar todo aquello que antes te resultaba insoportable, es convertirse en uno más del rebaño, alguien sin pretensiones ni desprecio; es individualizarse: concretar la búsqueda general en una búsqueda particular, y así, llegar al mismo lugar y a la misma conclusión que todo el mundo: la felicidad.»

Por primera —y última vez en toda la representación— Albert sonríe abiertamente. Una sonrisa agradable y sincera, auténtica y para nada forzada, como si en este instante viera ante él, no un concepto, sino un objeto al cual estuviera observando con detenimiento con el fin de descubrir en él, poco a poco, todos aquellos detalles que lo hacen agradable, bello, deseable, destino para los propósitos de cualquier individuo. El silencio prolongado, el gesto detenido, la mirada suspendida sobre el público, y justo después, la sonrisa diluyéndose como una luna que huye tras la línea uniforme de un horizonte marino; lenta y cautivadora. La mirada regresa, limpia, de su particular viaje. Y de nuevo pensativo, retoma el discurso.

«No hace falta, no vale la pena, finalmente la vida siempre tiene las de ganar. No os diré que no haya casos extremos donde sí tiene una justificación evidente, está claro, pero para alguien del rebaño... no hace falta.»

Albert se dirige hacia el tocador, se sienta en el taburete rectangular frente al gran espejo y se queda inmóvil mirando fijamente su propio reflejo. Segundos después, el rostro del actor aparece proyectado sobre el telón de fondo, encima del cabezal de la cama. Se trata de un plano muy cercano que enmarca únicamente su cara, hecho que revela todos los detalles de esta. La imagen proviene de una pequeña cámara situada en el extremo izquierdo del espejo del tocador. A través de este recurso no solo se consigue ofrecer al público una visión frontal del actor, puesto que sentado ahí da la espalda a la mayoría de los espectadores, sino que

persigue la voluntad expresa de Albert de que los presentes puedan seguir con detalle el proceso que ahora inicia.

El público recibe un inesperado golpe de efecto al aparecer el magnético rostro del actor ampliado. Albert deja pasar un rato sin moverse ni decir nada. Continúa observándose a él mismo a través del espejo. Piensa que cuando se levante del tocador su vida ya no será del todo suya, pero sobre todo sabe que aquella es la última vez que Albert se observa a sí mismo. Por eso demora la mirada sobre su rostro, evadiéndose por un tiempo de la situación que lo rodea, del lugar donde está, de la representación, dejándose llevar por pensamientos a los cuales sabe que no puede sucumbir, porque lo alejarían inexorablemente de su propósito; lo paralizarían. Entonces su mirada se zafa como puede de la persona que ve reflejada ante sí y toma un bote de corrector facial. Recupera el hilo de su discurso desde donde lo ha dejado y continúa.

«Pero el problema persiste. La vida salva todos los absurdos posibles menos uno: la muerte. Este absurdo es insalvable. Por muchos argumentos que queramos aportar, desde un punto de vista racional, la muerte no tiene ni pies ni cabeza. Vivir para terminar muriendo se convierte en una máxima incuestionable que infaliblemente desemboca en el absurdo. Se ha cerrado el círculo, y esta vez no hay modo alguno de escapar. Reconozco que estoy a punto de llegar a una conclusión que les va a resultar muy difícil de entender y aceptar. La humanidad ha evolucionado hasta unos niveles tan elevados en lo que se refiere a su relación con el entorno en el que vive que entender la conclusión final de esta teoría…, les será muy difícil. Todo el mundo se aferra hasta el último segundo a su vida, y en cambio yo estoy fatigado, me siento viejo, desgastado, incluso vencido. Saber la Verdad cansa. Ya no hay solución, se ha ido demasiado lejos. ¿Cómo les puedo hacer entender que nada de lo que ha pasado a lo largo de la historia de la humanidad tiene la más mínima importancia? ¿Quién puede aceptar una afirmación como esta sin tomar por loco a quien la proclama? Y en cambio, llegué a esta evidencia de una forma tan espontánea, tan precisa, tan virgen, que no puedo comprender que nadie antes la captara con la misma claridad.»

El actor armoniza con destreza y equilibrio el enigmático discurso que está elaborando con el meticuloso arte del maquillaje. Gracias a la práctica y espontaneidad que muestra en el manejo de los enseres y en la aplicación de los productos, sus palabras se elevan por encima de la sorpresa que a estas alturas de la obra ya invade la sala. Habla obviando la concentración y técnica necesarias para llevar a cabo esta tarea, evidenciando que, no solo no es la primera vez que la realiza, sino que su destreza es fruto de una experiencia adquirida en la cotidianidad. Solo así el monólogo puede continuar siendo el elemento principal en la evolución del espectáculo, convirtiendo la inesperada situación en un inquietante suspenso que no

entorpece el discurso.

Inicia el proceso cubriendo los defectos. Con la ayuda de un pincel se aplica el corrector debajo de los ojos para disimular las ojeras y a continuación hace lo propio para ocultar las pequeñas manchas e imperfecciones de la piel. Después, con un pincel más grueso, intenta paliar la aún visible oscuridad que muestra la superficie recién afeitada. Cuando el color de su rostro ya presenta una cierta homogeneidad, abre un estuche de maquillaje y con la ayuda de una esponja se aplica una base color natural en la cara y el cuello. Luego utiliza un rubor color terracota para asignar a su piel el tono deseado. Por último, traza unos toques de iluminador en el centro del rostro y en el mentón para acabar mutando definitivamente su semblante.

Al acabar este proceso, la expresividad que ha acompañado el discurso del actor hasta entonces, queda enmascarada bajo una capa de cosméticos y maquillajes que causan en el espectador impresiones opuestas. Por un lado, aprecia la belleza que se desprende de la textura uniforme y el color radiante con que ahora luce su rostro, pero por el otro, la nueva imagen le provoca una inevitable sensación de artificiosidad.

Mientras tanto, él continúa con su soliloquio.

«La Naturaleza, claro. La Naturaleza es la que salva a la muerte del absurdo, porque la muerte forma parte de la vida natural: nacer, crecer y morir. Lección para niños. Las personas morimos porque somos seres que formamos parte de la Naturaleza, estamos sometidas a sus leyes, como cualquier otro ser vivo. Pero esta respuesta no nos salva del absurdo racional. Yo soy un ser sustancialmente natural y a la vez sustancialmente racional. La dinámica de la Naturaleza salva mi dimensión natural, pero no mi dimensión racional. Como humano que piensa y que es capaz de utilizar conceptos como por ejemplo *infinito, eterno, siempre, universo, Dios,* o incluso... *libertad*, ¿me dejan incluir libertad a la lista? En definitiva, como ser racional, el hecho de que sea natural e incluso necesario morir, no me da argumentos para entender la muerte, se trata más bien de una imposición de mi sustancialidad natural. Está claro, porque ser animal es más primario que ser racional. Aquí no tiene cabida el dilema de sí es primero el huevo o la gallina. Sin naturaleza no hay razón, la naturaleza es la superficie donde nos movemos, sin esta superficie nada existiría. La Tierra es nuestra casa de acogida, la nuestra y la de cualquier ser vivo. Sin ella no estaríamos, y si nosotros no estuviéramos, la razón tampoco. Pues si lo primero es nuestra esencia natural, problema resuelto, nos morimos y punto, dejemos a un lado que esto sea absurdo para nuestra razón. Pero... ¿podemos aceptar eso? ¿Podemos seguir viviendo tan tranquilos una vez resuelto este dilema? No. Porque mi capacidad de razonar es la que guía mi conducta, la que me hace ser quién soy. El ser humano tiene ya muy poco que ver con las bestias del mundo animal. Por lo tanto... Yo pienso; yo llego a la

conclusión: de que lo que resulta eminentemente absurdo en aquello que soy, es mi vida racional, es decir, mi capacidad de razonar, es decir, aquello que me diferencia de cualquier otro ser vivo.»

Albert se vuelve hacia el público y se queda mirando la oscura platea sumergida en un profundo silencio. La mirada es tan victoriosa, que parece que acabe de realizar una pirueta prodigiosa en plena competición. Sin embargo, él percibe su cuerpo encorvado sobre el taburete, fatigado, aunque en realidad se siente liberado. Liberado de un lastre que hubiera estado arrastrando durante siglos. Siente entonces un picor profundo en los ojos, siente como las fuerzas lo abandonan, se visualiza con el rostro demacrado por el agotamiento, con unas odiosas ojeras que le oscurecen la mirada. Pero de repente recuerda que no es así, el proceso ya ha comenzado, y precisamente ahora toca vestir sus ojos. Recupera su posición frente al espejo, abre otro estuche de maquillaje y elige tres tonos de la gama negro/gris. Se aplica el tono intermedio sobre el párpado superior difuminándolo hacia arriba. Después, con el tono más oscuro, dibuja una línea que va desde el párpado móvil hasta el exterior del ojo. Con la misma sombra, pero con un pincel fino, traza una línea debajo del párpado inferior. Con la sombra más clara, de color ceniza, marca sutilmente el hueso de la ceja y el lagrimal. Finalmente, con el lápiz definidor, perfila el interior del ojo para darle más profundidad. En poco tiempo, logra un extraordinario efecto de ojos ahumados que asignan al nuevo rostro un aire misterioso y nostálgico. Albert sabe que no es casual el hacer coincidir la transformación de su mirada con el núcleo de su reflexión:

«Lo que quiero decirles, es que la capacidad de razonar no fue una mutación feliz, sino una mutación contra natura. La Naturaleza produjo un ser que acabaría convirtiéndose en su peor enemigo. Hemos percibido siempre la esencia humana como algo tan positivo y elevado, que nunca a nadie se le ha ocurrido que solo seamos una mera aberración de la naturaleza. Pero, ¿y si lo fuéramos? ¿Y si esta evolución cerebral que nos dotó de capacidades como la de prevenir, construir, planear, predecir y que finalmente desembocó en eso que denominamos conciencia, no fuera algo que nos convirtiera en el animal más virtuoso, sino en el animal más desgraciado y, a su vez, en el más dañino para la naturaleza? Más aún; puesto que esta mutación nos permite juzgar y decidir, llegados a tal conclusión, ¿Seríamos capaces de autodestruirnos de forma consciente y colectiva? Y cuando digo consciente, me refiero a, de forma premeditada, consensuada y global. Porque, ¿acaso no es ya evidente para todo el mundo que nos estamos cargando nuestro futuro?»

De todo este ritual que supone maquillarse, la parte que más vértigo le produce a Albert es la de ponerse el rímel en las pestañas. Es el momento que percibe más sensual, el más excitante de todos los que forman parte de este periplo transformador. Saca el aplicador del bote, acerca su rostro al espejo, cierra un párpado, y con un aplomo perturbador, desliza las

cerdas llenas de rímel sobre sus pestañas, alargándose estas al instante y a la vez adquiriendo un brillo que parece ensanchar el contorno del ojo.

«No, ahora ya no, ahora ya es demasiado tarde, ahora nos toca esperar, ¿recuerdan?»

Albert lanza una mirada al público.

«Si hiciéramos el paralelismo entre la evolución de la humanidad y la de un ser humano, les diría que la humanidad debería haberse autodestruido a los cinco años..., pero claro, es imposible, con cinco años no se posee madurez suficiente para comprender determinadas cosas, ese hipotético niño se hallaría en pleno proceso formativo, no podría alcanzar ese tipo de conclusiones. No, con cinco años la humanidad estaba sumida bajo los efectos de la admiración por ese mundo que no cesaba de descubrir a su alrededor, deslumbrado por su capacidad interna de conocer y analizar todo. No podía percibirse entonces a sí misma como algo letal. Ahora la humanidad ya debe tener quince o dieciséis años. Ahora sí es capaz de tomar decisiones; está plantado con las puntas de los pies rozando el umbral del abismo, del acantilado, decidiendo qué hacer.»

Martí siente un sudor frío en los pies y debilidad en las piernas tras oír la última frase de Albert. En ese instante su mente recupera un recuerdo que lo conmociona profundamente.

«Me gustaría pensar que ésta supuesta humanidad adolescente está en la situación que describo, debatiéndose entre si debe o no tirarse al vacío. Pero este adolescente desatinado está muy lejos de estar perdiendo el tiempo en planteamientos existenciales. Es mucho más probable que esté entretenido con su nuevo iPhone o fumándose un *petardo* de *maría*. Puede estar gastando su tiempo con cualquier banalidad menos estar leyendo *El Mito de Sísifo*. Tengo que admitir que seguramente era inevitable llegar a esta situación: que fuera demasiado tarde reaccionar cuando tuviéramos suficiente madurez como para decidir qué hacer con la vida humana. Hay un elemento fundamental al inicio de toda esta evolución que determina en gran medida su devenir. ¿Qué les he dicho que hacía yo cuando era pequeño?... ¡Correcto! Inventar. La sorpresa causada por todo cuanto la rodeaba provocó en la humanidad la necesidad de explicar, pero como todavía era tan inocente, tan inmadura, lo único que pudo hacer fue inventar. Lo primero, los dioses. Y aquí retomo un elemento de mi discurso que antes quedó sin resolver. La conciencia de la muerte, el absurdo al que nos arrastra la muerte, hizo que inventáramos un montón de historias a las que ahora denominamos cultura, religión, tradición y demás. ¿Les suena? Tumbas egipcias, Zeus, huacas, cristianismo, Yin y Yang y tantas otras cosas. Pero, al fin y al cabo, todo esto no son más que cuentos que inventamos para dar respuestas a algo que necesitábamos explicar si no queríamos caer en las redes del absurdo. Una idea me acompañó durante toda mi adolescencia. La profunda convicción de que el

ser humano siempre había evolucionado hacia fuera y no hacia dentro. Estaba convencido de que analizando nuestro interior llegaríamos a encontrar las fórmulas a partir de las cuales poder convivir todos juntos de un modo mejor. Les aseguro que lo creía. Pensaba, ¿y si en vez de inventar más cosas, lograr más conquistas, avanzar y avanzar, nos paráramos y llegáramos a conclusiones sobre quién somos y qué hacemos aquí? Y una vez tuviéramos las respuestas, volver a ponernos en marcha hacia un nuevo horizonte. Sí, lo sé. Para desternillarse de risa. Como si estuviéramos hablando de entidades homogéneas: la humanidad, la historia, la ciencia... No, imposible, la humanidad no puede pararse, porque para hacerlo se tendrían que detener millones de personas libres al mismo tiempo.»

Albert hace un alto en su discurso. Escoge un perfilador de color rojo intenso y con la punta del lápiz empieza a definir su labio superior, desde el centro hacia las comisuras. Repite la operación con el labio inferior. Después, va untando un pincel fino en una barra de labios del mismo color y va llenando con cuidado el interior de la superficie delimitada. Finalmente da un toque en el centro del labio inferior con un *gloss* transparente para provocar una sensación de mayor volumen.

Ha terminado. Se mira al espejo, serio, examinando la persona que se refleja ante sí, analizando si ha realizado bien el trabajo o es necesario hacer algún retoque. Se siente abatido, pero se ve radiante, bella, deseable. Piensa también que ésta es la última vez que ve a Laura. No siente compasión alguna por ella, al contrario, piensa que hoy es su gran día, el día en el que se dará a conocer en público, y no tiene dudas sobre sí será capaz de llevar a cabo su plan con éxito. Sabe que lo hará. Desplaza la mirada hacia la cámara sin mover la cabeza. La imagen de Albert en la pantalla mira fijamente al público durante unos segundos y luego desaparece. Esos ojos de mirada vanidosa e indefensa al mismo tiempo quedan retenidos en la retina de los asistentes; Esos ojos de complacencia en los que destaca un grito de auxilio en su fondo, más allá del velo transparente que cubre su mirada.

Albert se levanta del taburete y, atravesando el escenario de un extremo al otro, camina lentamente hasta el armario. Allí, retoma el monólogo.

«Pero intentemos no desviarnos del hilo conductor del discurso. La idea central de mi exposición es que la capacidad de razonar es una aberración de la naturaleza. Es decir, que somos un animal que tiene una conducta aberrante comparada con el del resto de seres vivos. ¿Qué quiero decir con esto? Pues que nuestro proceder y las consecuencias que se derivan de él se desvían, y mucho, de lo que cualquiera de nosotros puede entender por *estado natural* de todo lo existente. Estoy convencido de que el estímulo que accionó y desarrolló nuestra capacidad de razonar desembocó en algo imprevisto: la conciencia. Deben entender aquí este término en su sentido más amplio: conciencia de mí, conciencia del

entorno que me rodea, conciencia de la muerte, conciencia de mis habilidades, etcétera. Este fenómeno agudizó todavía más la tendencia a perder la capacidad de actuar por instinto, hasta que nuestra conducta acabó por manifestarse sustancialmente distinta a la del resto de los seres vivos. Y ustedes me preguntarán, ¿y por qué debe ser eso negativo? Que la humanidad pueda disfrutar y emocionarse con la belleza y el espectáculo que nos ofrece la naturaleza, que pueda estudiarla y descubrirla, que pueda beneficiarse de ella de forma inteligente, que pueda modificarla en función de sus necesidades. Y más allá de su relación con el entorno natural, qué me dicen de la capacidad de crear, del arte, del poder de la imaginación... es como entrar en una dimensión que te abstrae de tu condición física, como vivir dentro del pensamiento. El escritor, por ejemplo, cuando crea su obra, ¿acaso no se sumerge dentro de una esfera mental para realizar su tarea?

Sí, tienen razón, la mutación que produjo el prototipo de homínido que ahora somos, perfeccionada a través del dilatado camino de la evolución, sin duda fue muy positiva para nuestra existencia como especie. Nos convirtió en un ser decididamente capaz, diferente..., pero con un potencial transformador tan demoledor que, sin duda alguna, si la Naturaleza la hubiera podido evitar, la habría evitado; habría abortado el *experimento*. Quizás no lo hizo porque al fin y al cabo la naturaleza nos sobrevivirá y finalmente seremos nosotros los que acabaremos por auto exterminarnos. Sí, la humanidad se hará vieja, finalmente logrará su propósito, esquivar ahora el suicidio para acabar muriendo de vieja. Vivirá ilusionada en un mundo hecho a su imagen y semejanza, saturado de contradicciones y dificultades, acarreando siempre el insidioso sentimiento de si acaso no será cierto que su existencia no es, al fin y al cabo, muy absurda, pero intentará ahuyentar sus miedos rodeándose de todos los inventos que ha creado para distraerse: la religión, la economía, la tecnología, el arte, la cultura, para, finalmente, agotada, desgastada y decrépita, decadente, demente y en ruinas, morirá acurrucada en brazos de un desolador absurdo que, impasible, la habrá estado esperando toda la vida. Nada de lo que habrá creado le servirá para sobrevivir; nada para ser inmortal.»

Mientras ha estado exponiendo esto último, Albert ha ido escogiendo del armario varias prendas de ropa, todas de mujer, y las ha ido tendiendo sobre la cama. Lo único que ha dejado en el suelo, justo en el centro del escenario y a un metro escaso del proscenio, son unos zapatos rojos de vertiginoso tacón.

«Tienen razón, yo no soy ningún profeta». Continúa diciendo. Y justo en este momento se quita el *slip* y se queda desnudo sobre el escenario. «No sé cómo acabará la aventura humana, ignoro si llegará el día en que otro ser con atributos semejantes a los nuestros analizará nuestros restos tal y como hemos hecho los humanos con los saurios. Pero no hace falta saber el final del relato para defender mi idea de que la presencia del ser

humano en la Naturaleza no es un motivo de alegría, sino, más bien, una amenaza latente que las grietas del presente empiezan a dejar al descubierto de forma evidente.»

Coge de encima de la cama un tanga de látex transparente y se lo pone. Antes de subírselo hasta arriba, por detrás, se agarra con una mano el pene y los testículos y lo acomoda todo bajo su entrepierna para que quede replegado y disimulado. Seguidamente se pone unas bragas de encaje de color negro con ribetes y detalles de color perla y un liguero a conjunto. Saca unas medias de su envoltorio original, las despliega con cuidado y se sienta en la cama. Son de color negro con una cenefa de encaje en la parte superior. Con delicadeza y recreándose en el acto, empieza a recoger entre sus dedos una de las medias, vuelve a levantarse y, con movimientos calculados, dobla la rodilla y apoya un pie sobre la cama; la pierna dibuja un ángulo perfecto. Luego inclina el tronco ligeramente hacia delante y estira ambos brazos hasta la punta del pie para introducirlo en el interior de la media. Muy despacio, las manos van vistiendo la pierna a medida que ascienden por ella, dejando que la licra se despliegue y se ciña sobre su piel morena. Después, con idéntica elegancia, viste la otra pierna. Todo ello sin descuidar su discurso.

«El desequilibrio que crea la llegada del intelecto a la Vida nos convierte en elemento determinante en el devenir de esta, por eso, no puedo creer que la razón sea un fruto comestible, sino, más bien, un fruto que deberíamos haber evitado. El hecho de que el ser humano sea *el* ser capaz de analizar, hace que las personas tendamos a colocarnos en el centro de todo cuanto existe. En mi caso, jamás he tenido esta debilidad. La Vida ha sido vida sin la presencia humana durante milenios, por tanto, ¿por qué ahora todo debería girar en torno a nuestra presencia? Ser nosotros mismos quienes nos preguntamos cosas, ser el sujeto que analiza, no nos legitima a someter la vida natural a un juicio adaptado a nuestra presencia. Para mí, este posicionamiento es comparable a cuando descubrimos que no era el Sol el que giraba alrededor de la Tierra, sino que era ésta la que giraba alrededor del Sol. Todo aquello que implica ser un ente racional hizo que durante siglos estuviéramos equivocados sobre esta evidencia. No somos el centro de nada, somos parte de un todo que es la Vida Natural, una parte, eso sí cabe reconocerlo, que ha mutado y evolucionado hasta adquirir una característica esencial que nos hace diferentes al resto de seres vivos, sobre todo en el ámbito de los límites. Esta característica esencial que determina a cada especie animal y que en las jirafas puede ser un cuello desmesuradamente largo, en las mariposas su metamorfosis o en los peces sus branquias, resulta que en el ser humano es la capacidad de pensar, o la razón, o la conciencia, o como ustedes prefieran llamarla. Lo que es necesario que comprendan ahora es que el intelecto no es algo externo a la naturaleza, sino que es algo producido por ella, del mismo modo que la jirafa adecuó la longitud de su cuello para conseguir alimento, los procesos de metamorfosis de algunas especies o la adaptación de un determinado órgano al elemento en el que

vive. La razón es fruto de una mutación en el tamaño de nuestro cerebro, tiene su origen en una causa física. La conclusión esencial de todo esto es que, a fin de cuentas, es por una cuestión de volumen que el ser humano tiene la capacidad de pensar.»

Albert detiene su discurso de golpe, dejando que las últimas palabras resuenen dentro del teatro; dejando pasar el tiempo necesario para que sean absorbidas por el público. En el más absoluto silencio, exagerando el gesto con el fin de lograr una postura sugerente, ajusta, uno a uno y con parsimonia, los gafetes situados en los extremos de cada tira del liguero a la parte superior de la media, ocho en total, cuatro por pierna. Después coge de encima de la cama una falda también de color negro y se la pone. Retoma su monólogo mientras se sube la cremallera lateral de la falda, cortísima, puesto que apenas alcanza tapar la mitad de la cenefa de encaje que decora la parte superior de la media.

«No sé si el instinto habita en nuestro cerebro en el momento de nacer, pero de ser así, podríamos afirmar que, en un periodo muy breve de tiempo, los primeros meses de vida a lo sumo, nuestra característica esencial se impone al común modo de actuar del resto de seres vivos, que no es otro que el instinto. La conducta humana pasa entonces a ser regida, muy tempranamente, por las *leyes* de la razón. Leyes que a pesar de surgir de un ente que forma parte de la naturaleza, toman un cariz, una dimensión y una mecánica totalmente distintas a las del instinto. Por eso parece que sea algo adquirido de un espacio situado fuera de la propia naturaleza u otorgado por una entidad regida por atributos no naturales. Y ahora me doy cuenta de que hasta el momento no les he hablado de Dios, y tampoco me molestaré en hacerlo. Francamente, si después de leer a Feuerbach todavía hay alguien que tiene argumentos para creer en *él*, en mi opinión es un necio. Una cosa distinta es que aún tenga la necesidad de creer en Dios, pero esto más bien tiene que ver con el sufrimiento, o la desidia, o con esta sensación de absurdo de la que llevo hablándoles desde el principio. Lean a Feuerbach por favor, léanlo y entenderán muchas cosas. Si a estas alturas todavía necesitamos a Dios para vivir, no nos emanciparemos nunca.»

Se pone unos sujetadores también a conjunto, con sus ribetes y detalles de color perla. Llevan incorporadas unas prótesis gracias a las cuales el actor consigue el efecto de poseer unos pechos generosos. Más todavía después de ponerse una camiseta de tirantes muy ceñida, de color rojo intenso, que hace resaltar todavía más su volumen.

«Antes, al mencionar la *historia*, me pudieron haber malinterpretado. He dicho algo así como que nada de lo que ha pasado a lo largo de la historia de la humanidad tiene la más mínima importancia. Ahora que les he revelado mi teoría, tal vez lo puedan entender mejor. En realidad, lo que quise decir es que, si somos fruto de una anomalía, quizás nuestro papel en la Tierra podría haber sido prescindible. Pero, reconozco que, al mismo

tiempo, aquello que tiene de inequívoco la vida, es que una vez se llega a ella, ya no hay vuelta atrás. Con esto quiero decir que consumado ese primer gesto en que un homínido guardó unos frutos a buen recaudo con la finalidad de comérselos cuando escaseara el alimento, lo cual, conociendo como hoy conocemos el comportamiento de otras especies, podríamos confundir con un acto movido por el instinto; consumado ese primer gesto, digo, donde el límite que separaba lo racional de lo instintivo era tan tenue, ya no había marcha atrás posible. Aquel fue el primer acto que originó todos los posteriores hasta llegar a día de hoy. Lo que quise decir antes es que, entendiendo la razón tal y como la entiendo: como una aberración de la naturaleza porque nos ha convertido en seres eminentemente letales para el hábitat que compartimos con todo cuanto posee vida, habría sido mucho mejor no haber llegado a existir nunca. Pero, al mismo tiempo, todo aquello que como especie hemos dejado *escrito* en este hábitat es, si lo tenemos que definir de algún modo, inevitable. Cualquier cambio importante sucedido a lo largo de la historia de la humanidad, por el mero hecho de producirse en un presente concreto de su evolución, es en esencia inevitable: el bipedismo, los primeros asentamientos neolíticos, la Revolución Francesa, la aparición de la tecnología, tomen el momento histórico que deseen, todo ha sucedido como resultado del peculiar comportamiento que tenemos los humanos dentro de la naturaleza; del cómo la razón condiciona nuestro existir en el mundo. La historia no es más que la evolución de cómo hemos ido resolviendo nuestro vivir y convivir en la Tierra. Por lo cual y en conclusión, la vida huma me resulta tan prescindible como inevitable.»

Una vez vestido, Albert se desplaza hasta el tocador y se sienta en el taburete. Del lado que no es visible para el público saca un soporte en forma de busto donde descansa una peluca. La coge y se la coloca sobre la cabeza. Sin dejar de mirarse al espejo, se la va encajando, recomponiendo el peinado fijado en ella, hasta lograr la posición precisa. El cabello parece natural, de color ocre claro, muy liso y bastante largo, puesto que le llega casi hasta media espalda. Cuando Albert siente que la peluca está perfectamente acoplada en su cabeza, se levanta y se sitúa en medio del escenario, de cara al público, justo al lado de aquellos vertiginosos zapatos de color rojo.

«Laura está a punto de llegar; hace ya rato que la siento. Me distrae los pensamientos cuando tengo el presagio de su aparición. Ella solo piensa en el sexo, lo cual dificulta la reflexión. Pero no quisiera acabar mi discurso sin hacer mención al único fleco que a mi parecer ha quedado sin resolver en esta tesis. ¿Qué es la imaginación? ¿Donde habita este fenómeno que alimenta todo acto creativo? ¿Qué finalidad tiene este prodigio que hallamos en la esencia de todo aquello que entendemos por arte? Naturalmente, todas las disciplinas artísticas utilizan técnicas, hacen uso de elementos y métodos que se pueden aprender mejor o peor o para los cuales podemos tener mayor o menor aptitud, pero hay un núcleo común en todo acto creativo que nos es intrínseco y que rehúye todo

aprendizaje o recurso: la imaginación. Esta dimensión de la mente que se eleva por encima de lo que comúnmente podemos entender por racional, que en vez de ser un camino hacia afuera resulta ser un camino hacia adentro y sobre la cual siempre me he hecho una pregunta... ¿Hasta dónde puede llevarnos?»

Albert se gira de espaldas, se agacha y empieza a calzarse los zapatos. Lo hace con cierta dificultad debido a la posición inadecuada que ha escogido para llevar a cabo esa tarea. Sobre todo, le cuesta abrochar la pequeña hebilla que fija una tira del zapato alrededor del tobillo. Cuando finalmente se levanta, su altura ha sufrido un cambio que parece el resultado de un truco de magia. Las piernas, ligeramente separadas, exhiben unos músculos tensos y recios, y las nalgas se elevan poderosas arremangando hacia arriba la ajustada falda, lo cual provoca que los espectadores de las primeras filas, entre ellos Martí, no puedan quitar los ojos de aquella perversa abertura que parece mostrar lo que no se ve. Laura se gira hacia el público, y lo primero que este percibe, es que la mirada del actor ha mutado.

Capítulo 2

EL TEATRO (II)

Laura se muestra cohibida, como si de repente la hubieran arrojado al mundo. No sabe cómo reaccionar. Está inmóvil, intenta mostrarse serena, pero la mirada errática sobre el público y un perceptible movimiento compulsivo de los labios delatan su angustia. A ratos traga saliva con dificultad y a ratos alarga desmesuradamente la aspiración abriendo la boca ostensiblemente para evitar que los nervios la ahoguen. Parece no encontrar la manera de empezar, parece que las palabras se le amontonen dentro de la boca estorbándose las unas a las otras. Segundos después empieza a jugar con los dedos de ambas manos, gesto definitivo para descubrir de forma evidente su incomodidad.

La expectación del público no ha dejado de crecer. Todos los presentes han quedado maravillados de la impresionante transformación que ha sufrido el personaje, puesto que la persona que ahora ven encima del escenario, si no supieran lo que ha ocurrido hasta ese momento delante suyo, afirmarían que es una mujer. Un elemento importante que favorece esta impresión es que las facciones del actor son muy neutras, sin que en ellas destaque ningún rasgo varonil en extremo. Por otro lado, su cuerpo, delgado y poco fibroso, también resulta adecuado para modelarlo según la ropa que lleve puesta. Naturalmente, Desi y Martí también están muy intrigados y entregados a la función. Se sienten atrapados por esa forma tan espontánea con la que el actor interpreta su papel, cuando, a menudo, precisamente el lenguaje teatral se distingue por su poca naturalidad. Sin embargo, Desi en ningún momento ha tenido la intuición que su compañero sí ha mantenido desde poco después de iniciarse el monólogo; esa sensación incomprensible de que en realidad el actor no está actuando.

Cuando Laura empieza a hablar el asombro del público se hace mayor. Su voz, muy frágil, también se ha transformado, se ha agudizado notablemente y se distingue en ella una sutil afonía. Es evidente que está forzando una voz que no es la suya, pero, con todo, tiene una sonoridad que se aprecia natural y que, además, casa a la perfección con la imagen licenciosa del personaje que ahora el público tiene delante.

«Perdonen si me ven algo nerviosa, pero, es la primera vez que..., que me ve alguien. La verdad es que es una situación muy distinta de la de estar a solas con Albert.»

Queda turbada de nuevo, pero reacciona rápidamente y, por primera vez desde que es Laura, mira a su alrededor como si buscara algo

con la clara intención de eludir la hipnótica imagen del público. Para activarse a sí misma y encontrar una salida a su confusión, intenta romper definitivamente el hielo con un tema trivial: «Este Albert es un despistado», dice apartando con las manos el pelo que le cae sobre los hombros para mostrar algo al público. «Ha olvidado los pendientes», concluye con ademán condescendiente, y empieza a andar con desparpajo en dirección al tocador.

«Por no hablar de las uñas. Ni las de las manos ni las de los pies ¡que llevo zapato abierto! Ni se le ha pasado por la cabeza la inexcusable obligación de pintarlas. En fin, ya estoy acostumbrada, en determinados aspectos Albert es poco detallista.»

De repente parece animada, mostrando una energía desbocada inédita en Albert. Se sienta en el taburete con gesto marcadamente sugerente: piernas juntas y rodillas flexionadas, espalda erguida y la silueta ligeramente inclinada hacia el público. Abre un joyero de los muchos que hay encima del tocador y remueve en su interior para elegir unos pendientes. Coge unos y los sostiene bajo sus orejas mientras valora a través del reflejo que le devuelve el espejo si le quedan bien. Laura se encuentra de golpe, casi con estupor, con su imagen. Instantáneamente siente un ligero mareo. Viéndose, se observa tan real, tan viva, que siente el deseo de que la noche se haga eterna. Deja los pendientes en el joyero y se gira hacia el público con una enorme sonrisa en los labios; una sonrisa que añade mayor intensidad al aura de júbilo que ahora desprende su expresión.

«¿Son felices en sus vidas?» Pregunta, dirigiéndose al público. «Yo me acabo de dar cuenta de que soy feliz. Ahora mismo. Feliz por el mero hecho de estar aquí. De ser. Me pasaría toda la noche mirándome al espejo para no olvidar ni un solo segundo que ahora estoy aquí.»

Se resitúa ante el espejo y sigue probándose pendientes hasta que escoge unos muy pequeños, de un color rojo intenso idéntico al de los otros tres rojos que ya lleva puestos: el de los labios, el de la camiseta y el de los zapatos. Luego se levanta del taburete y camina con decisión por el escenario hablando con desenvoltura y gesticulando ostensiblemente.

«Cuando conocí a Albert él era alegre, diferente del resto de los chicos, sobre todo muy sensible, amable, y muy muy espontáneo. En fin, que poseía todo eso que a una chica le gusta de un chico. Al principio le costó aceptarme, pero con el tiempo… terminó por darse cuenta de que era inevitable que nos conociéramos. En el fondo, nuestras vidas coexistían de forma irremediable. Al principio nuestros encuentros eran a escondidas, él no quería verme; no se podía resistir al placer que yo le proporcionaba, pero no se atrevía a mirarme. Éramos muy jóvenes, no teníamos una vida emancipada y por lo tanto nuestra libertad era limitada, hablo en un sentido práctico del término, no teníamos un espacio

nuestro, un lugar tranquilo y estable donde poder mantener nuestros encuentros de forma apacible.»

Se lanza sobre la cama de un salto, apoya la espalda en el cabezal de barrotes y con las piernas abiertas flexiona y junta las rodillas. Coge el libro que hay encima de la mesita de noche y sus manos se ponen a jugar con él, sin prestarle la menor atención, mientras continúa con su monólogo.

«Yo en aquella época sólo quería sexo, me conformaba con que las cosas fueran como eran, no aspiraba a nada más. Les puede parecer vulgar, pero yo nací de una necesidad muy concreta, soy hija del deseo, y por lo tanto mi único objetivo era satisfacerme sexualmente. En aquellos inicios yo no podía imaginar estar hoy aquí, a punto de ser protagonista de un acto tan importante para Albert. No podía haber imaginado nunca llegar a ser tan importante para él, sentirme tan valorada por él.»

De repente, al detener su discurso, parece darse cuenta de lo que tiene entre las manos, como si advirtiera en ese instante que había pasado todo el tiempo manoseando y dando vueltas al libro. Cambia la expresión, y tal cual fuera la protagonista de un spot publicitario, sostiene el libro con ambas manos a la altura de su rostro y mostrando la portada junto a su deslumbrante sonrisa, dice: «Feuerbach, recuerden leerlo». Vuelve la portada hacia sí como si no tuviera ni idea del libro del que se trata y dice casi deletreando: «Ma-ni-fiestos An-tro-po-ló-gicos», simulando estar descubriendo el título en ese momento. Deposita de nuevo el libro en la mesita de noche y se queda sumida por un instante en sus pensamientos. Se inclina luego hacia delante y abraza sus piernas dejando el mentón casi rozando sus rodillas. Adopta una expresión más seria y retoma el discurso.

«En la adolescencia Albert tenía muy claro lo que quería. A pesar de las muchas cosas que lo angustiaban y lo atormentaban tenía un objetivo definido. Deseaba la inmortalidad. Y solo concebía una manera de lograrla: escribir. Él moriría, pero su nombre, su vida y su obra serían inmortales.»

Calla, y un destello en sus ojos se convierte rápidamente en una lágrima que se ha escapado del aposento sellado donde Laura guarda sus emociones. Sabe que no se puede permitir otra debilidad como esta si no quiere que Albert le llame la atención. Abandona la cama y camina hasta el borde del escenario estirándose hacia abajo la falda que le ha quedado arremangada. Una vez allí, el público aprecia el elegante trazo oscuro que la lágrima ha dejado sobre la exquisita textura de su mejilla. Con expresión grave, prosigue con su explicación.

«Todo cambió cuando hizo su descubrimiento. Ya saben de lo que les hablo, todo eso que él les acaba de explicar. Hacía más o menos cinco

años que nos habíamos conocido; conocernos de verdad, me refiero. ¡Buf! Sin duda el día más feliz de mi vida. Luego se lo cuento. Ahora les decía, que cuando él hizo su hallazgo yo era extremadamente feliz. Pero entonces empezó a estructurar esa intuición suya hasta convertirla en su tesis principal. Y todo cambió. Empezó a obsesionarse; cada vez pasábamos menos tiempos juntos, cada vez lo notaba más distante e irritable. Repetía una y otra vez que todos los esfuerzos que había llevado a cabo hasta entonces habían sido inútiles, que finalmente el absurdo se lo tragaría todo. Dejó de querer ser inmortal del modo como se había imaginado serlo, y se obstinó en encontrar otra solución. Ya no quería perdurar en la historia de una humanidad que se le había revelado como algo con un origen aberrante y un destino dirigido ineludiblemente a la miseria. Su propósito ya no consistía en lograr la inmortalidad sino en no morir. Su vida se convirtió en un juego contra la muerte. Y yo me convertí en su refugio, en su desahogo.»

Habla yendo de un lado al otro del proscenio, con pasos lentos y cortos, y siempre mostrándose muy expresiva en su gesticulación.

En el poco tiempo que Laura lleva sobre el escenario ya ha conseguido algo prodigioso, hacer olvidar al público quién es ella en realidad. No en sentido literal, claro, pero lo cierto es que la persona que los espectadores ahora tienen delante muestra una solidez tan abrumadora y una naturalidad tan veraz que, si no fuera por la evidencia proporcionada por su propia experiencia, afirmarían que esta obra la están protagonizando dos actores, o, mejor dicho, un actor y una actriz. Podría decirse que ninguno de ellos identifica el personaje femenino que ahora ven sobre el escenario con el actor con el cual se ha iniciado la obra.

«Una noche, después de una larga sesión de sexo tras la cual ambos quedamos enormemente satisfechos, me preguntó si le quería. Me sorprendió tanto la pregunta, que todavía hoy pienso si realmente me la hizo o solo es una ilusión mía. Nunca me había hecho a mí misma esa pregunta, porque nunca había dudado que le quisiera. ¿Me entienden? No sabía que lo amaba porque ese sentimiento siempre había estado dentro de mí. Para mí fue como si me preguntara si sabía hablar. Naturalmente que sé hablar, pero qué preguntas son esas... Aquello era lo mismo. ¿Cómo podría existir yo tal y como existo sin quererlo? ¿De qué otro modo podría vivir yo si no le amara? Aquella pregunta me mostró por primera vez su inseguridad; su debilidad. ¿Cómo podía dudar él de una cosa así? No le respondí. Aquella noche no comprendí exactamente lo que le estaba sucediendo. Pero días después me pidió algo que nuevamente me extrañó. Me pidió que le explicara un cuento. Entonces lo entendí todo. Albert quería convencerse de que yo era real. Ya que solo alguien capaz de imaginar historias puede ser real.»

La energía que ha caracterizado hasta el momento la intervención de Laura se va diluyendo, poco a poco, en asas últimas frases; se va

debilitando bajo el peso de las palabras que usa para narrar su particular existencia.

«No hizo falta que me lo explicara. Pocas semanas después yo ya tenía claro lo que quería de mí. Entendí que para él debía ser muy duro pedirme tal cosa, y el amor, ¿qué otra cosa puede existir en el mundo más irracional?, fue lo que me impulsó sin vacilar un solo segundo a decirle que sí, que, si él lo tenía decidido, adelante. Recordaré siempre la noche en que le di mi consentimiento; como se acercó a mí, sus ojos tan cerca de los míos, como mi mirada penetró en lo más íntimo de su ser durante un instante que fue eterno, para bucear en las profundidades más oscuras de su océano interior, repleto de habitantes fantásticos y monstruosos, mientras le oía decir: «yo también te amo». Esa sola vez en toda nuestra vida conjunta.»

Coge la ropa que Albert ha dejado encima de la silla y la tira sobre la cama. Después, arrastra la silla hasta el borde del escenario, se sienta en ella y cruza las piernas. Asomando por debajo de la falda, las tiras del portaligas se tensan sobre sus muslos.

«¿Quieren escuchar el cuento que le expliqué? No es demasiado largo, y seguro que Albert no encontrará ningún inconveniente en que lo haga. Al fin y al cabo, fue la prueba definitiva que demostró mi existencia..., real. Primero voy a situarles en la escena. Hagan el esfuerzo de imaginarla: Noche cerrada, dos cuerpos desnudos y empapados de sudor tumbados en un pequeño espacio repleto de almohadas de colores y suaves mantas de pelo largo. Dos mentes entrelazadas por un mismo sentimiento, una buscando, la otra expectante, pero a la vez intercambiando los papeles a menudo cuando los caminos por los que transitaban sus pensamientos se encontraban en alguno de los infinitos cruces que las conectaban entre sí. Encendí cuatro velas para marcar un perímetro imaginario y apagué la lámpara de mesa que se hallaba en un rincón del suelo. Nuestros rostros temblaron al ritmo de las cuatro llamas bajo una oscuridad que nos protegía de un mundo que rugía lejano, casi como si fuera imaginario. Entonces inicié mi cuento.»

Capítulo 3

«Provengo de un planeta innumerablemente lejano, situado mucho más allá de cualquier universo. Un planeta cuya superficie estaba en su totalidad cubierta de agua a excepción de un solo punto, donde el suelo rocoso emergía, insólito, por encima de la inmensa masa marina. La vida se había adecuado a las condiciones especiales que exigía aquel pedazo de tierra, convirtiéndolo así en un lugar único. En ese aislado punto de tierra emergido del agua, evolucionó y creció una civilización que acabó siendo próspera. Mi padre, un anciano débil y enfermo, era el habitante más poderoso y respetado de ella. Aquello que todavía lo mantenía vivo era poder satisfacer el único verdadero propósito que había perseguido a lo largo de toda su existencia: saber qué había más allá de lo que sus ojos podían divisar desde cualquiera de los abruptos acantilados que delimitaban la isla que habitábamos. Por ese motivo, sintiendo que su fin se aproximaba, alentó a todo aquel que se atreviera, emprender un viaje para descubrir qué había más allá de aquel prodigioso mar. A cambio, aquel que lo consiguiera, lo sucedería a él en su cargo tomando por esposa a su hija, es decir, a mí, siempre y cuando trajera consigo una prueba de su descubrimiento. Fueron muchos los que se hicieron a la mar; muchos los que se marcharon. Decenas de embarcaciones cargadas de víveres para sobrevivir en alta mar partieron del pequeño muelle de la isla hacia todas las direcciones posibles. Fueron también muchos los que no volvieron jamás. Los pocos que lo hicieron repetían siempre lo mismo: no haber visto otra cosa que agua y más agua, e incluso uno de ellos aseguró haber partido rumbo al Sol poniente y regresado por donde nace el Sol.»

«Mi cuento era totalmente improvisado, pero Albert me escuchaba tan atentamente que yo cada vez me sentía más animada y alentada a seguir.»

«Cuando solo mi padre mantenía encendida en un lugar privilegiado de su interior la esperanza de que llegara alguien más con prósperas noticias, un agradable anochecer pudimos divisar una luz lejana que fluctuaba suspendida entre el mar y la oscuridad. Pasado un tiempo, ya no tuvimos dudas de que alguien se acercaba en plena noche. No llegó a la isla hasta el alba, junto a las primeras y perezosas luces del día. Una embarcación ruinosa atracó en el pequeño muelle de la isla con una

persona a bordo en estado de agotamiento extremo. Durmió tres días y dos noches bajo la atenta mirada de mi padre, que no se separó de aquel hombre en toda su convalecencia. Y al atardecer del tercer día, despertó. Cuando mi padre le preguntó por lo que había visto, los ojos de aquel hombre se iluminaron de repente, y con un hilo de voz alcanzó decir: lo he encontrado. Se organizó una gran fiesta alrededor de una gran hoguera, se cocinaron los manjares más selectos y no faltó música, danza y diversión. Después del festejo, toda la población se reunió alrededor de aquel hombre para escuchar su historia. Recordaré siempre que lo primero que hizo antes de empezar su relato fue mirarme. No sabría cómo explicar qué había dentro de aquella mirada, solo sé que deseé que aquello que iba a contar fuera verdad. Y lo tuvo que ser si hacemos caso al entusiasmo y el detalle con el qué narró su viaje. Nos explicó que las costas a las que había llegado eran como inmensas alfombras de arena fina y cálida, donde el mar, llegando manso y sumiso, puesto que no tenía donde embestir, acariciaba sus orillas y cubría su margen bajo un agua de cristal. Describió con todo tipo de detalles una naturaleza frondosa llena de especies totalmente desconocidas por nosotros y donde cada una de ellas tenía una función específica; una naturaleza llena de flores con formas, tamaños, texturas y colores tan dispares, que decía poder pasar días enteros hablando si pretendiera describirlas todas. Narraba su hazaña con un fervor tan magnético, que podías imaginar, frase a frase, todo aquel mundo que explicaba, lo cual llenaba nuestro interior de sentimientos tan exultantes, que parecía que el corazón fuera a desbocarse de un momento a otro. Nos habló de los habitantes de aquellas tierras, cordiales y apacibles, que lo habían acogido como a un huésped a quién dedicar todas las atenciones que necesitara. Personas adelantadas que habían inventado y construido multitud de enseres y máquinas para hacer más funcional y agradable su vida, y que durante días y días le fueron enseñando para qué servía cada cosa. Estuvo horas explicando cómo era ese lugar al otro lado del mar, ese nuevo mundo que por primera vez alguien de nuestra civilización había podido visitar. Los presentes no cesaban de hacerle preguntas que él respondía con inmediatez y descubriendo nuevos aspectos que no dejaban de sorprender más y más. De vez en cuando y discretamente, él me miraba con expresión satisfecha. Yo, admirada y enardecida, no me habría cansado nunca de escuchar todo aquello que describía, fascinada por las bestias y artefactos que iba dibujando con ayuda de un palo en la arena de la plaza. Cuando la inmensa hoguera ya era solo brasas y la luz de un nuevo día teñía las presencias de una transparencia inconsistente, aquel hombre que pronto sería mi esposo, mostró signos de cansancio. Entonces, mi padre, después de escucharlo durante toda la noche con una atención llena de entusiasmo y sin intervenir ni interrumpirlo en ningún momento, le pidió, por fin, la prueba que había traído del nuevo mundo. El hombre se acercó con paso calmo hasta mi padre, fijó una rodilla en tierra en señal de respeto, y clavando sus ojos en los de mi padre con una seguridad abrumadora, habló solemnemente: La prueba que os he traído la tenéis dentro de vos. Es eso que ahora mismo sentís vivo en vuestro interior. O,

¿acaso no consideráis esta pasión que ahora mismo os recorre por la sangre y os hace estallar el corazón de júbilo, suficiente prueba de que es cierto todo cuanto he contado esta noche? ¿Acaso no son una prueba real estos parajes, bestias y personas que vos mismo habéis podido ver dentro de vuestra mente mientras yo os relataba mi viaje? El viejo, tras una primera muestra de decepción, reaccionó positivamente. Dio por buena la prueba y dispuso de inmediato mi boda con el hombre que había satisfecho su propósito supremo. Luego se fue a su cuarto a dormir, pero ya no despertó. Después del periodo de luto, los actos de sucesión y las celebraciones con motivo de la boda, llegó por fin aquella primera noche que pasé a solas con aquel hombre. Me ofrecí plenamente, me entregué con pasión y deseo ilimitados. Ambos disfrutamos absolutamente de aquel encuentro. A pesar de eso, en días venideros, vi en su mirada que el brillo de sus ojos se había disipado. Entonces me atreví a preguntarle si era cierta la historia de su viaje. Me miró con temor evidente, como si hubiera estado esperando aquella pregunta, y después de mantener un pulso con el silencio, contestó: Todo lo narrado fue fruto de mi imaginación. Todo me lo inventé, allí afuera solo hay agua y más agua. ¿Por qué?, le pregunté, ¿por el poder? No, me respondió, lo hice por amor. Estaba enamorado de ti. Quería vivir junto a ti. Cada día de los que pasé en el mar estuve imaginando ese mundo que me tenía que conducir hasta esa primera noche que pasé a tu lado. No lo hice por poder, lo hice por ti.»

«Albert me miraba embelesado. Tardó unos segundos en percatarse de que el cuento había terminado, entonces reaccionó y se puso a aplaudir con entusiasmo mientras decía: Muy bien, caramba, menuda historia. Luego, tras un breve silencio, dijo: Aunque, no sé si te has dado cuenta de que la moraleja que se desprende de tu cuento viene a decir que la imaginación sirve para mentir; la conviertes en un arma cruel. A lo cual yo respondí: No Albert, lo que explica el cuento es que la imaginación sirve para conseguir todo aquello que te propongas.

Soplé las velas y todo quedó a oscuras. Nos acurrucamos el uno junto al otro bajo las mantas a esperar el sueño. Nos parecía escuchar, allá dentro, en la vigilia, un embate de olas que parecía real, como si las oyéramos allá fuera, en plena ciudad, cuando Albert dijo, arrastrando las palabras, casi ya en el umbral del sueño: ¿Y si tú eras la hija de aquel anciano y vivías en un mundo tan lejano... qué haces aquí? Casi se me escapa la risa, y eso que ya casi me había dormido. Solo tuve tiempo de decirle, ya resbalando sueño adentro: eso dímelo tú.»

Capítulo 4

Laura da una palmada con las manos y acto seguido se levanta de la silla, dando así por acabado aquel momento de intimidad que se había creado entre ella y el público mientras explicaba el cuento. Vuelve a mostrarse alegre y vital, retira la silla del borde del escenario dejándola a un lado y empieza a andar voluptuosamente mientras continúa con su particular historia.

«¡El amor! El amor lo es todo en esta vida. ¿Qué sería la vida sin amor? ¿Qué sería la vida sin poder ver el rostro enloquecido de la persona a quien amamos mientras eyacula en nuestro interior? ¿O no, amigas mías?». Ríe con picardía mirando hacia la platea oscura. «Y esto me hace recordar que antes les he dicho que les contaría qué pasó el primer día que Albert y yo nos vimos, finalmente, frente a frente. ¿Recuerdan? El día más feliz de mi vida. Ya lo creo, sin duda el día más feliz. Hoy seguramente es el día más importante de mi vida, pero el más feliz... El más feliz fue aquel día.»

La actriz compagina sus paseos por el escenario con otros momentos en los que, deteniéndose en el borde del proscenio, dirige sus palabras al público, sobre todo en esos momentos en los que quiere enfatizar alguna cosa de las que dice.

«Hacía un año y medio que Albert se había quedado huérfano. Entre los bienes que heredó había un pequeño apartamento en Barcelona, lugar al cual decidió mudarse en el momento en que cumplió su mayoría de edad. La gran ciudad le permitía un mayor anonimato, que era lo que él perseguía entonces. Allí continuó desarrollando su principal afición: escribir. Se pasaba el día entero escribiendo, pero, paulatinamente, fue adquiriendo más interés por mí. Empezó con tímidos intentos, descubriendo mi imagen a pedazos, por partes, hoy las piernas, otro día los labios, otro los cabellos, y de ese modo fue progresando, a su ritmo, hasta que cada vez lo percibía más dispuesto a recibirme ante él, cada vez adivinaba más cercano el instante en que pudiéramos confesarnos lo que sentíamos el uno por el otro. Aquella tarde él lo preparó todo, se afeitó cuidadosamente, preparó la ropa en la habitación y me llevó al baño. Allí, con apacible tranquilidad y trato exquisito empezó a maquillarme. Me dejó preciosa, como hoy. A continuación, me peinó, aquel día yo llevaba un pelo mucho más largo y de color rubio platino. Me lo fue ondulando con paciencia durante largo rato hasta dejarme un peinado magnífico. Después le seguí hasta el dormitorio. Mientras me vestía, sentía sus dedos acariciar mi piel, haciendo que mi cuerpo se estremeciera a cada roce,

especialmente en el momento de ponerme las medias. Se me nublaba la mente al sentir las yemas de sus dedos ascender a lo largo de toda mi pierna, hasta muy muy arriba. Cuando terminó, me condujo nuevamente al baño, y allí, al otro lado del espejo, por primera vez en mi vida me vi completa, por primera vez entera, por primera vez presente.»

Laura se ha parado justo delante del tocador, a cierta distancia de él. Se está mirando en el espejo; casi puede ver todo su cuerpo, como aquel día que ahora está rememorando.

«Albert no daba crédito a la belleza que contemplaba ante él, se lo podía leer en lo más profundo de sus ojos, y yo... Yo me sentía desbordada por la alegría, estaba viviendo la culminación de todos mis sueños, la apoteosis de mi existencia, me sentía tan intensamente viva, que tuve la extraña sensación de descubrirme a mí misma en aquel preciso momento. Oí la voz de Albert que me decía, Hola Laura, y yo le contesté, con una sonrisa, Hola Albert, y oír mi voz me produjo un escalofrío, de tan dulce que me pareció. Me habría pasado toda la noche observándome en el espejo, pero sentí los brazos impetuosos de Albert rodearme la cintura y, abordándome desde atrás, me encajó entre su cuerpo y el borde convexo del lavabo. Sentí su mano zambullirse bajo mi falda y apartar con habilidad las bragas.»

Laura arquea tanto como puede la espalda para realzar las nalgas, se lleva una mano hacia atrás y se la mete por debajo de la falda, quedando esta remangada hasta muy arriba debido al trazo ascendente de su brazo.

«Inmediatamente sentí como su grueso dedo medio bañado en vaselina se adentraba en mi ano, provocándome al instante un placer tan brutal, que cerré los ojos, dejándome llevar totalmente por la excitación y el deseo.»

Laura cierra los ojos y mientras su mano juega bajo la falda va emitiendo prolongados gemidos que más bien suenan a suspiros, como si surgieran de muy adentro y a la vez de muy lejos.

Poco después vuelve de su éxtasis, hoy fingido, lanzando una sonrisa socarrona al público. Se recompone la falda y vuelve a pasear desvergonzada por el escenario, reencontrando aquella expresión satisfecha que suele poner cuando recuerda momentos intensos de su vida. Continúa con el monólogo.

«Pero en realidad, la felicidad de verdad llegó cuando terminamos de satisfacer nuestras fantasías más lascivas y perversas. Volví a vestirme y fui a preparar la cena. Serví la mesa, encendí el televisor y busqué un canal donde hicieran algo interesante. Me senté en el sofá y me dispuse a cenar. Sin darme cuenta, en el transcurso de tiempo en el que estuve

realizando por primera vez en mi vida esos actos tan cotidianos, se fueron condensando en mi interior una cantidad tan tremenda de emociones, sentimientos y pensamientos que, de repente, justo antes de empezar a cenar, empecé a sollozar convulsivamente, y al poco rato, estallé en un llanto tan visceral que no tuve ninguna duda de que aquello que estaba sintiendo era ser feliz.»

Pronuncia esas palabras evocando un recuerdo tan vivo y con una expresividad corporal tan manifiesta, que Desi siente en aquel momento, con toda claridad, como se le erizan los pelos del brazo.

«Y desde aquel día hasta hoy, cada vez que Albert me ha dejado estar con él, he sentido aquella misma felicidad. Bueno, no tan pura y virginal como aquella primera vez, pero sí la misma, solo que ya más interiorizada. Por eso hoy también me siento tan feliz, porque ahora estoy aquí, porque estoy en el presente, y yo sólo puedo vivir en el presente. Soy feliz por el mero hecho de estar, aquí y ahora.»

Laura camina hasta el borde de la cama y se sienta en ella. Desde allí mira al público y dice con sobria firmeza: «Hoy estoy aquí para hacer realidad aquello que Albert desea con mayor ahínco: no morir nunca». Se levanta de nuevo y vuelve a acercarse hasta el límite del escenario.

«¿Creen que soy imaginación? ¿Pueden negarme que lo que ven ahora ante ustedes es una mujer?». Abre los brazos y se muestra al público al mismo tiempo que da una vuelta entera sobre sí misma para que los espectadores la puedan ver completamente.

«Yo tengo ganas de vivir. No ha sido fácil, pero he aprendido a amar mi vida. No obstante, hay una evidencia, si amo la vida es gracias a Albert. Es él quien me ha dado la oportunidad de quererla, de sentirla, de formar parte de ella. Ya sé que suena a gratitud, pero les aseguro que no lo es. Es amor. Como en el cuento. Solo por amor somos capaces de hacer cosas irracionales, solo por amor somos capaces de ser únicamente naturaleza, y siendo únicamente naturaleza es cuando podemos hablar solo con el corazón. Muriendo yo, él no morirá nunca, porque una misma persona no puede morir dos veces. Es tanto lo que nos une a Albert y a mí, que somos solo uno. ¿Quién de ustedes puede negarlo?»

Martí siente un nudo en la garganta que lo ahoga. Exhala un profundo suspiro. Desi lo mira de reojo y al rato consigue ver en la densa penumbra la expresión atenta de su compañero.

«No se puede entender el suicidio, a lo sumo se puede entender el de uno mismo. Es un acto tan íntimo; pero sobre todo tan cargado de presente, quiero decir la acción concreta, el instante concreto en el que pasa, el momento justo en el que se ejecuta, que nadie externo puede dar una razón concluyente de su por qué. Tengo la sensación de no

explicarme lo suficientemente bien. No importa lo premeditado que esté, o los preparativos previos, o el grado de intensidad del deseo de llevarlo a cabo. Lo más decisivo son las condiciones que se dan en el momento concreto en el que se ejecuta, a nivel logístico, para decirlo de alguna manera, pero sobre todo a nivel mental, el grado de estímulo interior que alguien es capaz de generar o tener en un presente concreto como para llevar a cabo una acción tan determinante. Deben entender que aquel que se está suicidando no piensa ni en el pasado ni en el futuro, sino que actúa en un presente con una carga de inmediatez tan acusada, que de facto es esta la que habilita su acción. Para encontrar la auténtica razón de su acto, tendríamos que estar dentro de su cabeza el segundo antes de lanzarse por un precipicio, o de pasarse una hoja de afeitar por la muñeca, o de apretar el gatillo de una pistola. Solamente de ese modo podríamos acabar entendiendo el porqué de su acto.»

Desi siente como su mano, envuelta dentro del puño de Martí, le queda empapa del sudor que desprende la de él. Vuelve a mirarlo de reojo, y observa que tiene los ojos cerrados. Cuando está a punto de preguntarle si se siente bien, él los vuelve a abrir.

«No sé si he conseguido que ahora ustedes estén un poco dentro de mi cabeza, aunque todavía es pronto para que entiendan nada. De hecho, los dos grandes objetivos de esta, digamos, representación, son, por un lado, sembrar en sus consciencias la semilla del descubrimiento de Albert, de su lúcida teoría sobre la humanidad, y por el otro, convertirles en testigos de que él no morirá nunca.»

Laura se dirige con decisión hacia el tocador meneando las caderas con mayor descaro que hasta ahora, aparta el taburete y se inclina hacia delante apoyándose sobre la repisa del mueble con los brazos abiertos. La silueta que dibuja su cuerpo se muestra exuberante en aquella posición. Se queda un buen rato mirándose al espejo. Finalmente, con la voz de Albert, dice: «Te llevaré en mi corazón toda la eternidad, Laura». Los labios de Laura se acercan y besan el espejo, encontrándose allí con los gélidos labios de Albert. «Adiós Albert», dice ella, casi sin voz.

Vuelve hacia el proscenio diciendo:

«Solo quiero pedirles un favor antes de terminar. Necesito que alguien me toque, necesito irme sintiendo en mi cuerpo el contacto de un ser humano, el contacto sincero de una persona. Se lo estoy pidiendo de verdad, ya sé que les va a costar cambiar el chip tan bruscamente, no están acostumbrados a ser interpelados de un modo tan directo desde encima de un escenario. Al fin y al cabo, ustedes han venido aquí a ver una función, piensan que esto es teatro, pero Albert ya les ha advertido antes de que no lo es. Por lo tanto, si alguno de los presentes ha percibido que lo que está sucediendo hoy aquí es real, seguro que no me dejará sola, seguro que está entendiendo lo que pido. Estoy aquí, ahora, y

necesito el abrazo de alguien para sentirme todavía más viva, eso es todo. Sé que deberé insistir para que crean que lo que les pido es verdad, pero estoy dispuesta a esperar lo que haga falta.»

Laura agudiza la mirada sobre la platea intentando vislumbrar tras la oscuridad el gesto de alguien levantándose de su asiento, pero realmente la sorpresa es tan grande entre los asistentes que lo único que se propaga es un cuchicheo que crece y se apaga de forma arbitraria e intermitente. La gente, incrédula, se remueve en la butaca mirando a un lado y al otro esperando la aparición de algún decidido capaz de aceptar el reto, mientras Laura insiste en su demanda caminando arriba y abajo del proscenio. Repentinamente, Desi siente como la mano de Martí suelta la suya y ve que su compañero se levanta. No puede creerlo, ¡Martí! ¡Tan cortado para este tipo de situaciones! Le entran ganas de reír ante una acción tan alocada en él, pero pronto la incertidumbre frena su reacción espontánea. Martí sube al escenario por una escalera situada en uno de sus extremos. Cuando Laura lo ve subir, su rostro se llena de alegría victoriosa y se lanza a su encuentro emprendiendo una ligera carrerilla. Parece que vayan a abrazarse sin más, pero se detienen justo al llegar uno delante del otro. No se tocan, no se dicen nada, parecen estatuas de hielo. Se contemplan recíprocamente; se examinan, se descubren. Martí ve ahora que los pendientes que ha elegido Laura son de cristal. Le parecen dos pequeñas gotas de agua desprendiéndose de los lóbulos. Aprisionado en el interior del cristal, se aprecia el material rojo que domina la piza. Le pasa por la cabeza que la persona que ahora tiene delante ha cuidado su singular espectáculo hasta el último detalle, incluso el más insignificante de ellos. Laura da un paso al frente, y, al fin, con desconcertante lentitud, se abrazan, logrando un acoplamiento casi simétrico, puesto que ambos tienen prácticamente la misma altura. Laura descubre en este acto una dimensión inexplorada de su persona, de quién es y de cómo es, y piensa en la cantidad de cosas que le quedarían todavía por experimentar si hoy no muriera. Se siendo triste, quizás por primera vez en toda su vida, pero a la vez, tan impregnada del presente y de la situación en que se halla inmersa, que esa sensación tan humana de verse obligada a convivir con sentimientos contradictorios se acaba diluyendo dentro del océano de convicción en el que está sumergida. Martí siente un abrazo tan sensorial, tan intenso, tan lleno de un deseo finalmente logrado, que la escasa duda que todavía sobrevolaba su intuición se funde por completo. Siente que el corazón le late muy fuerte. Laura, pese al relleno que produce sus pechos, también nota los latidos alterados del corazón de Martí. Sin deshacer el abrazo del todo, se quedan mirando el uno al otro tenazmente, muy cerca un rostro del otro, muy cerca unos labios de los otros. Se miran a los ojos como si estuvieran manteniendo una conversación tan inaudible como reveladora. Desi está alucinando en su butaca. Entonces, inesperadamente, los labios de ambos se unen. Los labios de Martí atrapan el labio inferior de Laura como una caricia y, casi al instante, las puntas de sus lenguas se rozan. Es un beso tan sigiloso y corto que evoca la grandeza de lo prohibido. Ahora sí que

Desi no puede creérselo. Laura esboza una sonrisa y le dice en voz muy baja a Martí: «Gracias. De verdad, gracias», mientras le indica con sutileza que ya puede volver a su asiento. Pero entonces Martí, frustrando el intento de ella de separarlo, la sujeta sutilmente por los brazos y le dice, con el mismo tono que ha usado ella y con expresión consternada: «No lo hagas por favor, te lo suplico». Ella queda sorprendida, admirada, se siente más real de lo que jamás haya podido sentirse nunca con anterioridad, y enfatizando su sonrisa, le invita nuevamente a marcharse, repitiéndole: «Gracias, de verdad». Martí desiste y baja a la platea bastante aturdido; solo entonces, siente cierta vergüenza por lo que acaba de hacer y empieza a pensar en cómo explicará a Desi su atrevimiento. Laura, recuperando un tono suficientemente audible para todos, dice: «Gracias, muchas gracias. Lo cierto es que ha sido mucho más de lo que había pedido», y añade, mirando hacia la ubicación de Martí a pesar de no distinguirla con claridad debido a la oscuridad, «Gracias de todo corazón, ha sido precioso.»

Luego permanece unos segundos con la mirada perdida en el fondo del teatro, como si hubiera quedado presa de sus pensamientos, y cuando regresa de su interior, camina con decisión hacia la pica, toma la navaja con una mano, despliega la hoja con la otra, y sin pensárselo dos veces acerca la cuchilla a su muñeca derecha y la desliza sobre la piel. La sangre empieza a brotar como un surtidor del corte profundo que se ha provocado, pero no parece impresionarla, se pasa la navaja de una mano a la otra, ya bañada en sangre, y se provoca un corte igual de profundo en la muñeca izquierda. Cuando Laura ha realizado el primer corte numerosa gente del público ha chillado, entre ellos Desi, que no ha podido reprimir un grito de angustia justo en el momento en que ha visto brotar la sangre. Después del segundo, muchos de los asistentes se han levantado de sus asientos, algunos para lanzar improperios, otros confusos, creándose en pocos segundos un considerable revuelo. Finalmente, a Laura sí le impresiona la visión de la sangre y se derrumba, quedando arrodillada sobre el suelo del escenario con el cuerpo doblado sobre sí misma y la cabellera cubriéndola casi por completo. Solo los brazos desmayados, todavía sangrantes, son visibles a ambos lados de la cortina de pelo que llega hasta el suelo.

En un primer momento, pese a que la chocante escena le ha arrancado un grito de su interior, Desi ha pensado que aquello no podía ser, que era un truco y que la sangre no era real, pero ahora, contagiada por el alboroto creado por la gente, se levanta del asiento y grita también expresiones inducidas por el desconcierto. Martí es de las pocas personas del teatro que se ha quedado inmóvil en su butaca, con los ojos clavados en Laura. Abducido por aquella imagen que le transmite una serenidad sedosa, queda paralizado de tal modo que no puede reaccionar. De repente se oyen pasos a la carrera, dos chicos del personal del teatro aparecen a toda prisa por uno de los pasillos laterales y suben al escenario por las mismas escaleras que ha subido Martí momentos antes.

Se apresuran en detener las hemorragias de las muñecas del actor taponando con las camisetas que se han quitado al subir e inmediatamente se lo llevan detrás de bastidores. Aparecen más empleados del teatro intentando tranquilizar a la gente cuando el foco que ilumina el escenario se apaga y el teatro queda a oscuras. Poco después se abren las luces de platea. Encima del escenario el enorme charco de sangre en el suelo hace pensar que el actor ha perdido gran cantidad de sangre. Desi finalmente se da cuenta de la parálisis de Martí, que continúa con la mirada fija sobre el escenario. Mucha gente de su alrededor lo mira, como si él pudiera dar respuesta a la sobrecogedora escena que acaban de presenciar, y algunas personas incluso le hacen preguntas, a él y a Desi, pero ella no las oye, preocupada de repente por el estado de Martí. Lo agarra de los brazos y lo zarandea mientras le pregunta qué le ocurre. Martí, al fin, reacciona, advirtiendo de repente que su actitud no es razonable. «Estoy bien, estoy bien mi amor, no me pasa nada, perdona, es que me he quedado en blanco», dice precipitadamente para tranquilizar a Desi. Los operarios del teatro comunican al público que la función se da por terminada y piden a los espectadores que desalojen la sala de forma ordenada. La gente va saliendo despacio, lanzando repetidos vistazos hacia el escenario esperando ver algún hecho que pueda aclarar lo que ha sucedido. Todo el mundo sale muy agitado, sin dejar de hacer comentarios sobre el trágico final, incrédulos y emocionados a la vez por haber sido espectadores de excepción de aquel acontecimiento.

Al llegar a la calle, el frío vespertino combate el pesado aturdimiento que sienten Desi y Martí. Se apartan rápidamente de la multitud que se aglomera ante del teatro. A cierta distancia, ellos también deciden esperar un rato por si surge algún hecho que aclare lo ocurrido. Muy confundidos, pero algo más serenos, se abrazan fuertemente y luego se quedan mirando el uno al otro en silencio. «¿Por qué has subido al escenario?», le pregunta al fin Desi. Y Martí, también al fin, puede explicarle: «Desde el principio he tenido la intuición de que la obra podía terminar así.»